

Cruzando por la Ciénaga.

Lucas D. Lilo

LUCAS D. LILO

CRUZANDO
POR LA
CIÉNAGA

"El arte nos salva de morir por la verdad"

- Friedrich Nietzsche

Capítulo 1

1:

Abrí los ojos lentamente. Con un insoportable dolor de cabeza, y un gran cansancio sobre mis párpados, estuve confundido unos instantes tratando de reconocer en dónde me encontraba. Ni siquiera sabía si era de día o de noche. Miraba aturdido la parcial oscuridad de mi alrededor inhalando y exhalando con estrépito como tratando de recomponerme, pero las pocas imágenes que iba obteniendo de mi entorno por la paulatina dilatación de mis pupilas eran interrumpidas por otras imágenes, entrecortadas, y pertenecientes a filosos fragmentos de recuerdos incompletos. Como flashes que emergían intempestivamente y con un luminoso salvajismo de las profundidades de mi mente. Estaba cansado y sudoroso, sentado en el suelo de quién sabe dónde, con una botella de vino tinto casi vacía en la mano, y la espalda desnuda apoyada contra la pared fría. Al poco tiempo pude percatarme con gran alivio de que se trataba de mi habitación, cuando advertí la presencia de mi cama a solo unos centímetros de mi cuerpo. Aún con las limitaciones de la ausencia de coloración, los objetos de mi entorno comenzaban a poderse distinguir entre las sombras, y la atmósfera de calma inerte y poética que los cubría, resultaba la misma que caracteriza las horas posteriores a un desastre natural incontrolable. Las paredes se sentían húmedas, y el aire del ambiente era una mimetización del silencio y el hielo del oxígeno. En el escritorio de enfrente lleno de polvo, los objetos permanecían en una quietud áspera y congelada. Una pequeña fotografía y una grulla de origami reposaban al costado y a la derecha de algunos libros, junto a un antiguo cassette de música desarmado -con la cinta salida y anudada-. Este último, tenía una etiqueta casera con el nombre "tiempo" escrita en marcador negro, aunque claro que la especificidad y diminutez de ese detalle era algo que solo podía visualizar por la imagen en mi memoria. Un poco más a la izquierda, una libreta algo desgastada descansaba junto a una lapicera con la tapa mordida. Continué recorriendo con mis ojos en un seguimiento lento y constante los objetos del cuarto, bajando con un abarcamiento visual limitado del escritorio al suelo y del suelo a mi cuerpo, transitando centímetro a centímetro la superficie helada y oscura de ese último trayecto hasta tropezar, casi un metro antes de llegar a mis pies, con una pequeña pila de ropa usada, y otro libro. Abierto, y con las hojas hacia abajo.

Luego de observar mi alrededor un instante tratando de terminar de estabilizarme, advertí que mi posibilidad de distinguir esos objetos no se debía únicamente al acostumbramiento de mis pupilas a la oscuridad, sino también a que el cuarto había estado siendo iluminado con suavidad desde hace unos minutos por la tímida aparición del alba. Ya era de mañana. La tibia luz que indica el prefacio del día, había estado surgiendo lentamente sin que me diera de cuenta, con la elegancia y sutileza de una

vieja conocida que sigue pidiendo permiso a pesar de no ser necesario. Había nacido una vez más, esa luz ínfima cuya presencia se demoraba un poco desde la llegada del invierno, pero que continuaba inexorable y puntual en el nacimiento de cada día. Como una diosa fruto de la naturaleza, filtrándose inadvertible por las rendijas de mis persianas cerradas.

Sentí un alivio muy grande ante la percatación de su presencia, porque - además de haberme podido orientar en el momento en el que había despertado-, verla también significaba, en efecto, la incuestionable certeza de que la noche había terminado. La misma noche de la que por desgracia iba recordando cada vez más al transcurrir los minutos, por la recurrencia insoportable de los esporádicos trozos de recuerdos o significaciones que -como piezas de rompecabeza- aparecían cada vez más, en forma de destellos difusos, invadiendo cada rincón de mi mente sin permiso. Y la noche que como muchas otras, me había tenido sumergido en el inmenso y oscuro océano de la soledad irremediable, con la diferencia esa vez, de haber alcanzado un límite categórico y definitorio en el espinoso sendero de mi historia. Había sido en medio de todo eso, y en las altas horas de la madrugada indescifrable, que había nacido en mí, como en una ráfaga de ínfima esperanza, la certeza de que habría de ser el alba y nadie más que ella, la luz que sería capaz de guiarme y permitirme escapar de ese naufragio. La que al cubrir la piel desnuda del mundo con su pincel implacable y su pintura tupida, dejaría ocultos a los tiempos difíciles del libertinaje de oscuridad que en aquel momento parecían inagotables. Pero en el nacimiento de la mañana, cuando ya todo había terminado, noté que el silencio aún ensordecía mis oídos a pesar de su presencia. El contraste con el precedente griterío infame de mis fantasmas resultaba demasiado prominente. Aún así ya me sentía más tranquilo. Sabía que ya era de día y por consiguiente lo peor ya había terminado, al menos en el corto plazo, y eso me permitió liberar un extenso y quebrado suspiro de alivio, que me sirvió como el puente propicio para salir definitivamente de ese rincón de vacío y confusión en el que me había encontraba desde hace unos minutos atrás, al abrir mis ojos. Cuando estaba arrojado en ese rincón de mi cuarto, como si hubiese de ubicarse en alguna indeterminación temporal comprendida entre la ilusoriamente perenne persistencia de la noche oscura, y la frescura inocente y prematura del día siguiente. La fría transpiración de mi frente pudo ser secada por mi mano entonces, con la certeza de que no volvería, al menos por un tiempo. Pero mi cuerpo aún sufría los vestigios de los acontecimientos de la noche precedente: en mi boca todavía persistía el inconfundible sabor amargo de la muerte, y mi corazón aún latía con el vértigo del destino incierto. Había sido una larga noche. Pasaron los minutos, y esa luz vencedora de la mañana que en primera instancia había parecido una insignificancia prematura, ya empezaba crecer y a consolidarse, haciendo que el frío de la noche se vaya diluyendo gradualmente en el derretimiento del rocío de las plantas de mi jardín, y así supe que ya podía levantarme. Que se habían desatado del todo las

raíces que me atrapaban en el insomnio y en la vorágine súbita de aquella madrugada, y que por consiguiente había sido liberado al menos con efimeridad, de aquella parte de mí que me aterra con el punzante sigilo de sus duras y oscuras manifestaciones incontrolables.

Antes de levantarme, sin embargo, y tal como lo hago en muchas mañanas durante un corto rato, me tomé un tiempo para procesar la intromisión de la luz taciturna en el desorden pantanoso de mi recámara, colocando la mirada en algún punto del horizonte del cuarto. Primero con los ojos perdidos, con una mirada periférica hacia arriba fuera de foco, casi como en un azar de hipnosis. Disponiendo la direccionalidad en el ventilador de techo funcionando a lenta velocidad como un helicóptero persistente, pero sin prestarle atención a nada específico en realidad. Para luego detenerme con una mirada fija y precisa, clavada en el techo de madera. Observando más específicamente, y de manera minuciosa, la particularidad única de una mancha de humedad dibujada en la arista del punto más alto de la pared, que había estado decorando mi habitación desde hacía miles de lluvias, a partir de un recordado día grisáceo y húmedo de otoño en el que por la tarde cayó un diluvio descomunal, y que con el tiempo había crecido hasta alcanzar la magnitud que hoy tiene. Había intentado tajarla con pintura muchas veces, en algunas de las pocas ocurrencias espontáneas optimistas que me nacen cada año, en las que me dedico a ordenar mi habitación y cambiar los objetos y muebles de lugar; pero la mancha siempre y sin excepción, había encontrado la forma de persistir y perdurar, apareciendo al cabo de unos días sobre la pintura, arruinándola por completo. Sin importar lo que hiciese, la mancha se trazaba de nuevo una y otra vez, desafiándome ahora sí, a intentar de una forma distinta que pueda en definitiva y una vez por todas, demostrar si soy o no capaz de extinguirla.

Capítulo 2

PARTE 1.

2:

Después de un breve rato de haber despertado, y en cuanto pude levantarme de mi cama, caminé despacio hasta el baño. Todavía con el torso desnudo y los ojos entrecerrados en resguardo de la refulgencia de la luz de la mañana, palpeé con mis manos el mueble de lavabo hasta alcanzar el grifo, y abrí la canilla. Me apoyé a sus costados, con la cabeza inclinada un poco hacia abajo y me quedé allí. A pesar de que la noche ya había terminado, aún me costaba quitarme de la mente las indeseadas imágenes o ideas que habían aparecido en esas horas y que, como flashes veloces y difusos, se filtraban de nuevo en mi mente esa mañana, contra mi voluntad y de forma reiterativa. Luego de descansar en esa posición un instante tratando de calmarme, abrí los ojos bruscamente. Levanté con algo de lentitud la mirada, y me observé en el antiguo y gastado espejo de enfrente, ese que tiene un marco elegante, de un tono blanco pero algo despintado. Traté de recordar cuándo había sido la última vez que me había reflejado en uno: no recordaba que me viera así. Y no por lo despeinado que estaba mi pelo castaño, sino por la sombra prominente que bordeaba mis vidriosos ojos escondidos.

Tenía sentido de todas formas. Ya hacía un tiempo en que no dormía bien por las noches, y tarde o temprano eso habría de empezar a dejar huellas evidentes en el contorno de mis párpados. Agudicé la mirada frente al espejo, y alcancé a percibir lo que me temía. Allí, en lo profundo, dentro de los cráteres de polvo de mis ojos color légamo, persiste escondido mi peor enemigo. Un otro en mí mismo. Y el creador nocturno de aquellas invasoras representaciones fugaces que ahora con tanta vehemencia estaba deseando suprimir. El que me guiaría, eventualmente, y a fin de cuentas, al punto cúlmine de mi historia. Quité la mirada de la suya como en un acto reflejo, inhalé y exhalé con fuerza, logré serenar mi pulso cardíaco y despejarme un poco, y me lavé el rostro con agua fría decidido a empezar el día de una vez por todas.

Caminé por el living entretanto me iba poniendo una remera, apoyando con delicadeza mis pies desnudos uno a uno mientras el piso se entibiaba y la casa se mantenía en silencio. La ciudad recién estaba amaneciendo, y todavía era muy temprano para que la solemnidad de la quietud en reposo sea perturbada por el sonido de las bocinas, de los vehículos, o de la gente. Abrí las cortinas y la ventana para que empiece a entrar algo más de luz, como si fuera otra de las tantas costumbres mecánicas de la mañana, y el sol, cada vez más fuerte y cálido a medida que pasaban los

minutos e iba evolucionando de su condición de aurora, fue filtrándose en el piso de parqué poco a poco invadiéndolo despacio, como si fuera la corriente del mar cubriendo con delicadeza la arena de la orilla y haciéndola suya, y se fue mezclando con las partículas de las paredes dándole, ahora sí, algo más de oxígeno al aire que respiraba. Las pinturas colgadas en las paredes, de distintas épocas y períodos en la historia del arte, podían ahora verse, y los rostros pintados en algunas de ellas me observaban cada uno con una intención diferente.

Dejé el café preparándose en la máquina, y fui a buscar alguno de los libros de tapa dura y añejados que se encuentran en la antigua biblioteca del estudio de mi padre. La misma biblioteca que contemplaba de niño admirado por la magnificencia de su cuidado y orden, hasta que a la edad de quince años me di la libertad de comenzar a investigarla, para tratar de aprovechar la cantidad de conocimiento que comprende un número tan abultado de libros de filosofía, alemana en la mayoría de ellos, pero también de arte e incluso hasta algunos de literatura. Si bien en el último tiempo había estado haciendo esfuerzos infrahumanos por mantener mis recuerdos guardados sin salir a flote, sin importar a qué época o situación del pasado remitan, no hay mañana en la que no entre por esa altísima puerta y no vuelva a vivir a flor de piel el irremisible recuerdo de estar atravesando esa misma puerta como si fuese un portal sublime, en la ansiosa e infantil necesidad de sentir de nuevo el aroma a antigüedad sagrada que emanan tanto sus estantes y libros, como el escritorio de madera maciza de enfrente. De ver con mis propios ojos, a la luz diáfana filtrándose por la única ventana de pequeño tamaño y vidrio repartido. O los cuadros que ocupan los únicos espacios de pared, libres de volúmenes dormidos en estanterías. Y de sentir, por último, el silencio prestigioso e intangible que cura la atmósfera haciéndola propicia para a la supervivencia y cuidado de la eternidad trazada en las millones de palabras allí guardadas. Cada mañana cruzaba la puerta de aquel cuarto en búsqueda de un libro volviendo a apreciar como si fuera la primera vez, la altura y eterna pulcritud de esa fuente inagotable de sabiduría. Atónito y con gran admiración, con los mismos ojos de niño con los que lo hacía de pequeño. Conducido por la corriente de mi reminiscencia, comencé a fundirme en su ambiente cada vez más a cada segundo, y me fui mimetizando con ese diminuto y atemporal mundo silencioso hasta ser uno. Miraba hacia la nada súpitamente, hipnotizado como en un trance de profundas dimensiones, hasta el instante en el que todo se destruyó de manera abrupta, y fui invadido de nuevo por uno de los flashes oníricos y agresivos de la noche precedente, que me habían estado persiguiendo desde el despertar de forma incisiva. Salí de pronto de mi abstracción, y suspiré con fastidio cerrando los ojos con fuerza colocando la palma de mi mano contra mi frente, mientras sentía el ávido y sincero anhelo de borrar de mi mente aquellas representaciones de una vez por todas.

Me cayó de pronto, la idea de que tal vez podría lograrlo al menos temporalmente, mediante la lectura compenetrada de alguno de esos

libros que tenía enfrente. Que ese enriedo de pensamientos tal vez podría dejarse a un lado por al menos una media hora de paz, y que solo necesitaba distraerme focalizando la atención en algo diferente y que me exigía concentrarme. Por lo que me puse a buscar un libro, siguiendo con la mirada uno a uno en la biblioteca, observando de izquierda a derecha y de arriba a abajo con mis pupilas inquietas, escarbando desde la lejanía entre la inmensa variedad de obras y autores, hasta que me detuve en uno de manera abrupta. Era Friedrich Nietzsche. No sabía por qué me había detenido en él y no en algún otro de los tantos intelectuales de renombre, pero sí tenía la indecible certeza de que era el indicado para mi propósito. Porque en él me había estado refugiando en las tardes lluviosas de las últimas semanas, encerrado en los confines de mi cuarto, y sus ideas y convicciones filosóficas habían estado echando raíz en mi mente con tanta organicidad y naturalidad, que me hacía creer que todo aquello que iba leyendo de él, ya hubiera estado escrito en mí de alguna manera de antemano, y que el hecho de poder acceder a ello mediante la palabra, había permitido su traducción en idioma. En pocas palabras, seguía exigiendo mi concentración, pero no al punto de sobreexigirla y que eso derive en dejar la lectura.

Llevé entonces el libro hasta el living, me senté en la mesa, y me puse a leerlo disfrutando del café ya preparado. Al igual que en muchas otras mañanas, permanecí en esa acción unos buenos minutos tomando breves sorbos entre cada página, hasta interrumpir la concentración mirando la hora en el reloj de la pared, y advertir así que estaba saliendo tarde para llegar a la facultad. Cerré el libro algo apurado, y fui a buscar una fruta mientras pensaba en lo que acaba de leer con la sensación de haber logrado cumplir mi objetivo planteado anteriormente. Más allá del agrado de haber comprendido la lectura y disfrutarla entre leves muecas de complicidad por la contundencia del estilo del autor, de manera similar a como había estado resultando en las últimas semanas, ya no me sentía atormentado por las esporadicidades de la noche precedente -a pesar de no haberla olvidado del todo-, porque el libro había sido una buena excusa para despejar mi mente un poco de todo ese entramado de pensamientos. Había funcionado. Sin embargo, luego de apoyar la naranja en la mesa, y mientras me ataba los borcegos marrón clarito para terminar de prepararme para salir, sentí en mi boca la inesperada visita de un gusto agrídulce. El éxito del diminuto propósito de la situación anterior, se opacaba con una especie de inconformidad inenarrable, y confusa. Sin saber con certeza a qué se debía, supe por alguna razón que nada tenía que ver con el difícil tránsito de las tan eternas noches a las que me venía sometiendo sin remedio, sino que era por alguna otra cosa, pero no sabía qué. No tenía nada que ver con Nietzsche tampoco. Era algo diferente. Que tenía que ver con algo del momento pero a la vez con nada en particular. Como una presencia tácita y ambigua. Llegué a especular que se trataba simplemente de la desazón que habría de implicar el llegar

tarde de nuevo a la clase a causa de haber perdido la noción del tiempo por la lectura, y tener por consiguiente que buscar asiento mientras todos me mirasen. Era una respuesta que me satisfacía, después de todo y conociéndome, tenía bastante lógica, y cumplía gran parte de los requisitos. Pero a pesar de ello, y al contrario de lo que imaginaba, la supuesta comprensión del origen de esa confusa molestia no era suficiente para eliminarla. Ya algo disgustado por el carácter anárquico y amorfo en el que -en el afán de comprender- de a poco mis pensamientos se habían estado metiendo, paradójicamente en sucesión al intento de evitar precisamente eso, dejé de tratar de entender la causa de esa inefable insistencia. No dejé ni que mi confusión ni que mi curiosidad lleguen más lejos que eso, y me olvidé en cuestión de un segundo de esa sensación extraña y enigmática que había tenido a partir de esa lectura, restándole importancia.

Recogí mis llaves, la billetera y el celular, y me calcé la mochila que como siempre, estaba al lado de la puerta esperándome. Conteniendo unos lentes de sol, mis auriculares, un pequeño cuaderno con una lapicera, una cámara de fotos, y dos libros. Uno más pequeño, también de filosofía, casualmente usurpado de la misma biblioteca de mi padre, que encuentro ideal para distraerme en los ratos de ocio; y otro más pesado, con cientos de páginas. Una gran novela latinoamericana de amor que a pesar de no leerla hace tiempo y de saber que esa vez no sería la excepción, decido cargarlo en mi mochila de todos modos por la costumbre del peso sobre mis hombros.

Abrí la puerta y salí hacia la calle. Mis ojos felinos se achicaron aún más como en un acto reflejo, al lastimarse por el sol majestuoso que con rápido despliegue había alcanzado a cubrir todos los techos de teja anaranjada de las casas bajas del pasaje en dónde vivo. Sentí que era una lástima haberme retrasado, porque eso me imposibilitaba el recorrer las calles del barrio y sus cercanías con mi bicicleta en tan agradable día, tal como me gusta hacer en muchas mañanas. Acostumbro incluso salir hasta una hora antes, sólo para tener ese tiempo de soledad con nadie más que conmigo mismo, recorriendo las calles con calma mientras observo el frenesí del mundo empezando a funcionar de a poco y cada vez a un ritmo más acelerado en el nacimiento de un nuevo día. Pero ya no había tiempo para eso. Me puse mis grandes auriculares al poner el primer pie fuera de mi casa, porque -incluso aunque pronto notase que no deseaba escuchar música- son en extremo útiles para evitar el contacto mundano con desconocidos, y caminé hacia la parada del colectivo. Luego de pocos minutos de esperarlo, y media hora de un viaje que pareció tres veces más largos de lo que en verdad resultó ser, me bajé y caminé a un paso rápido las dos cuadras que separaban la parada de la facultad.

Entré a la clase despeinado y tarde, como siempre, y me dirigí sin levantar la cabeza a la primera silla que encontré para sentarme allí. Luego de un rato de escuchar algunas palabras del profesor y saber por

consiguiente el tema que estaba dando, y la forma de la que lo estaba abordando, creí que ese día tampoco querría anotar en el cuaderno lo que él explicase, más que por alguna excepción sobre algún que otro término que me llamase la atención, y sobre el cual pudiese elegir buscar información al respecto cuando llegue a casa si así lo quisiese. De todas formas sabía que bastaría con un repaso de los libros en los días previos al examen, para sacarme una nota satisfactoria. Pasó el tiempo, y una chica que según parece había estado sentada a mi lado desde hacía un largo rato, acercó su cabeza a mi oído un poco, y me preguntó qué había sido lo último que había dicho el profesor. Le respondí sin mirarla, aún con la voz algo grave y trémula por tratarse de mis primeras palabras en el día:

<<No sé.>>

Y lo dije sin mentirle, porque para ese momento de la clase, yo ya había perdido por completo el hilo de lo que el profesor decía, y me había puesto a dibujar muy vagamente en mi cuaderno figuras amorfas coloreadas con mi lapicera negra, tratando de encontrar diferentes matices en las sombras del dibujo, apretando e inclinando más, o menos el birome. Pero apenas se lo dije, supe con total certeza que le hubiera respondido exactamente lo mismo incluso aunque no fuera cierto.

Un largo rato después, el profesor anunció que debía irse más temprano, y terminó la clase cuando todavía faltaba una hora para la siguiente. Como no tenía sentido irse para luego volver, ni tampoco perderse la clase siguiente, nadie se fue del salón. Yo ya estaba escuchando música en mis auriculares nuevamente, sentado en el mismo lugar, cuando un chico de pelo castaño, que se había separado de su grupo de amigos, se acercó.

—Vamos a ir al bar de la esquina un rato mientras esperamos, —Me dijo —¿Querés venir?

Me saqué los auriculares para escucharlo, y observé que detrás de él estaban mis otros compañeros y amigos suyos, observando la situación para ver qué ocurría y cuál iba a ser mi respuesta. Me sentí acorralado y algo incómodo por un instante ante la dificultad de encontrar una excusa con rapidez, pero luego de unos breves segundos le pude decir titubeando un poco:

<<No. No te preocupes, de todas formas... justo me iba a poner a estudiar un poco. >>

El chico contestó que entendía, asintiendo lentamente con la cabeza algo baja y cerrando mínimamente los ojos mientras sonreía apenas, y se fue.

Me quedé pensando un instante mientras se alejaba, y me di cuenta que mi comportamiento en la facultad ese día había sido especialmente poco

amistoso. Que solo había contestado a lo poco que me habían dicho o preguntado, únicamente para que esa respuesta que yo diera funcionara como una guillotina que corte el diálogo de un momento para el otro, y no dé posibilidad de réplica. Sin faltarle al respeto a nadie, es cierto, pero sin siquiera un mínimo rastro de empatía tampoco. No obstante, no era algo demasiado novedoso en mi forma de relacionarme con los demás. Tras pensarlo un poco, me di cuenta casi de forma repentina, que mi comportamiento había estado siendo semejante al de ese día desde hacía ya un tiempo más prolongado. Que así me había estado comportando, casi sin darme cuenta, desde que había empezado la carrera unos meses atrás. Tal vez de no ser por la ocurrencia de la chica que estaba a mi lado, o de la coincidencia de la ausencia del profesor, no me hubiera dado cuenta de nada de todo esto. Hubiera seguido dando respuestas cortantes de tanto en tanto, sin ver a los ojos a nadie, con el único anhelo de pasar esas horas con la mayor paz posible, sin remordimientos.

Unas horas después, me encontraba regresando en colectivo a casa con la cabeza apoyada en la ventanilla empañada, mientras observaba cómo las calles de cemento ardiendo por el golpe del sol durante el día ya casi extinto, le daban la bienvenida a la lluvia, que comenzaba a aparecer tímidamente en reemplazo respetuoso de la violácea investidura del atardecer urbano. Mucho tránsito, gente con paraguas, gente sin; algunos caminando, otros corriendo; las luces de los autos, de los semáforos, de los carteles y de los locales. La lluvia cada vez era más fuerte, y eso permitió que el sonido de las bocinas, o mismo del de la gente del colectivo que hablaba entre sí, o por teléfono de manera molesta para mis oídos deseosos de paz; se vaya fundiendo gradualmente en el opíparo canto de lo que se había convertido ya casi en un diluvio, cayendo sobre las diferentes superficies de la ciudad en composición de una sinfonía magnífica. La temperatura empezó a bajar un poco, así que me puse la campera piloto amarilla, la capucha, y volví a apoyar la cabeza en la ventanilla por un buen rato- el que necesitaba- antes de tener que bajarme para llegar a casa.

Capítulo 3

3:

Como había querido disfrutar oliendo el petricor de la lluvia por la noche, amanecí el día siguiente con la ventana y la persiana abiertas de par en par, dejando entrar un sol deslumbrante y diáfano. Aún sin abrir los ojos y en un estado semi onírico, me desperecé tímidamente y dejé fluir la naturaleza instintiva de la continuación del movimiento, acariciando el costado derecho de mi cama mientras buscaba el encuentro animal y cotidiano con la calidez y suavidad de una piel diferente a la mía. La piel de una mujer. En el afán de encontrar el destino ideal de esa búsqueda insensata, fui acercando mi mano poco a poco y como un reptil, rozando despacio la suavidad rugosa de las sábanas blancas desordenadas centímetro a centímetro, hasta que toqué el borde del colchón que culminaba en un vacío prominente, como si se tratase del borde de un precipicio miniatura. Al sentir ese vértigo inesperado pero familiar, me acordé que estaba solo. Me giré de nuevo dejando el frente de mi cuerpo mirando hacia arriba y abrí los ojos bruscamente: vi de pronto la mancha de humedad de la arista que conecta la pared y el techo, y suspiré con fuerza dejando que se fueran acostumbrando de a poco a la claridad del día que comenzaba.

Me quedé allí, observando la mancha por unos minutos, y como noté que estaba tratando más tiempo que el que acostumbro en levantarme, me puse a tratar de encontrar una buena razón para hacerlo y así poder tener la fuerza suficiente para empezar el día. Sin dejar de observar la mancha, recordé lo mucho que me había estado costando levantarme en el último tiempo, y lo que iba empeorando semana tras semana. Pero no podía dar por muerto a mi espíritu tan pronto. Tenía que buscarle algún incentivo y evitar que se extinga. No podía rendirme.

Pero era difícil lograrlo a esta altura de todas formas. Los días ya se pasaban sin que me diera cuenta, no distinguía a unos de otros, ni recordaba algo especial de ninguno. Para ese instante en que fui consciente de todo eso y pretendí cambiarlo, los días ya no eran más que una única sucesión interminable, cuya única función era la de morir, para luego volver a nacer, y morir una vez más. Por lo que la expectativa de progreso se derrumbó con facilidad.

El frío que entraba por la ventana abierta del cuarto, sumado a la fuerza de mi interior que me atraía aún más a la cama como por un magnetismo mientras me hacía maquinan en mi mente justificaciones mundanas para seguir durmiendo un poco más, hicieron efecto incluso más rápido de lo que pensé, tomando de referencia otras múltiples oportunidades

anteriores. Decidí ir a la facultad recién a la siguiente clase, la de las 12.30.

Algo más de una hora después, pude levantarme y me dirigí hacia el baño. Traté de controlar al menos un poco la anarquía de mi pelo frente al espejo y, luego de lavarme la cara, me puse una remera, me hice café, fui a la biblioteca de mi padre a agarrar un libro, y me senté en la mesa del comedor a leer.

Por un momento pensé en buscar de nuevo en la lectura del libro que sostenía en mis manos, el entusiasmo que -ahora recordaba- había pretendido encontrar un rato antes, para justificar el haberme levantado, y que eso sirva de impulso para empezar el día con algo más de ánimo. Sobre todo porque, por el fallido sufrido al despertar sentí que tal vez lo necesitaba, y porque en la mañana anterior, tal como me había propuesto, la lectura había funcionado muy bien para cumplir el propósito- aunque distinto- de distraer mi mente de presencias indeseadas; o al menos así había sido hasta la inesperada aparición de esa extraña sensación en el epílogo de aquella secuencia. Pero no quise arriesgarme en la propensión de caer una vez más en la confusión o el barullo mental que había sabido reconocer, no solo por la mañana anterior, sino también por muchas otras mañanas de lectura. Por lo cual, me levanté de la silla luego de haber leído muy poco, y sin demasiada concentración y, como todavía faltaba un rato para tener que entrar a la facultad, recogí mi mochila y fui a andar en bicicleta, para despejarme.

Mientras salía me encontré con una de mis vecinas, y al verla recordé al instante los pensamientos que había tenido el día anterior en la clase, con respecto a mis compañeros, y a mi ultimamente carente sociabilidad. Pensé que tal vez se me presentaba una oportunidad de comenzar a dar los primeros pasos para intentar mejorar eso, siendo más amable con ella. Por lo cual, en vez de pasar al costado suyo con la cabeza gacha como suelo hacer, le dirigí la mirada. Al advertirlo, me saludó con una sonrisa implacable que se fue desvaneciendo justo cuando inclinó la cabeza, y su mirada quedó perdida en el pasto verde clarito de su jardín, el cual regaba con la espalda algo encorvada. La saludé también, aunque con menos entusiasmo, agitando un poco la mano haciendo el esfuerzo por exhibir una sonrisa. Casi como si ese gesto, fuese mi obligación moral recientemente adquirida al haberme encontrado con ella. Después de todo eso hacen los vecinos... siempre se saludan con una sonrisa. Se desean un feliz fin de semana, unas alegres pascuas, y se hacen favores de los tales: avisarle al sodero que la vecina tuvo que irse, pero que le alcanzan los sifones hasta la próxima semana; o dejar abajo de la puerta la carta o factura que llegó a la casa de al lado por equivocación... en fin, se relacionan cortésmente dejando claro bien de antemano la distancia, física

y emocional, y eso es justamente el comportamiento que pretendía tener a partir de ese momento, o al menos lo más que me fuera posible, sin darme asco a mí mismo ante un artificio de la bajeza que implica esa hipocresía que siempre odie, tan idiosincrática en los vecinos.

La señora Amanda, por ejemplo, en las mañanas se encarga durante algunas horas de limpiar, ordenar y decorar todo el interior de la casa; de barrer y baldear la vereda, y de que las flores, con sus diferentes colores, olores y texturas; se mantengan frescas para darle un toque decorativo a su jardín de césped raso, con el fin de dar a su hogar una perfecta primera impresión. Es una buena anfitriona y se esfuerza por empeñar esa función cada vez que alguien entra por su puerta limpiando sus pies en el tapete de "bienvenido", en alguna entrometida visita inesperada de algún otro vecino del barrio. Su esposo Antonio, por lo contrario, carece de indulgencia para quienes entran a su hogar espontáneamente y sin permiso premeditado. Sufre una ligera agorafobia en los fines de semana y no siente empatía por la gente no cercana, más allá de tratarlos con cortesía cuando no queda más remedio. Prefiere mantenerlos lo más lejos posible y, en caso de encontrarse a alguno de frente al entrar a su casa, lo saluda con una sonrisa que desaparece en el preciso instante en el que se da vuelta.

Una vez terminada la primera actividad, y de que su casa se encuentra impecable para las hipotéticas visitas- lo que se determina si el piso está tan reluciente que casi puede verse reflejada en él-, Amanda prende la televisión y ve los programas de chimentos en su ordinario, pero agradable, sillón color mostaza. Si es demasiado temprano y todavía no empezaron, toma prestado de su marido el crucigrama del diario, y se sienta a hacerlo en la mesa ratona de vidrio. Luego de evaluar la cantidad de aciertos en comparación a la última vez que hizo uno, duerme la siesta. Una vez que despierta, lo que resta del día es deambular. Recorre los pasillos de la casa como un espectro, y en ocasiones se distrae con el álbum plastificado y bien cuidado que contiene algunas fotografías de los bellos y humildes lugares que recorrió con su esposo antes de casarse. Más tarde prepara la comida en la espera de la llegada de Antonio, para compartir con él casi el único rato de compañía en todo el día. Antonio al llegar a casa por las noches, nunca puede percibir que su esposa Amanda, a pesar de llevar una rutina ordinaria de orden y limpieza sin grandes sobresaltos, sufre en su casa de forma persistente, la extraña percepción de la presencia -para ella insoportable- de una tácita imperfección insolucionable. Y se esfuerza tanto en que esa punzante inconformidad permanezca invisible, que no ha caído ni la más minúscula lágrima de sus ojos en muchos años, incluso cuando amerite un arroyo sin calma sobre sus mejillas. Sin embargo, Antonio sabía incluso creyendo no saberlo, que había algo en su comportamiento, gestualidad y movimientos, que

delataba la pena que arrastraba consigo.

Amanda entiende, o más bien cree entender, su función en la "familia".

Se toma tan en serio el trabajo de cuidar la casa, que a veces, cuando está sola, su cuerpo parece una pieza más de la decoración. De los cuadros antiguos bien derechos, de los colores combinados en una paleta de colores clara, de los muebles de madera. Inclusive puede estar sentada quieta en silencio durante un largo rato sin que se le mueva ni un pelo, conservando su imagen construida con un peinado elocuente, maquillaje, buena postura, y un bonito vestido floreado de señora. Pero por dentro se ensordece segundo a segundo con la aguja del reloj de la pared clavándose en su tímpano punzantemente. "Tic- Tac, Tic-Tac, Tic-Tac, Tic-Tac". Generalmente en ese largo rato entre despertarse de la siesta y hacer la comida, toma una copa de vino para perder la cuenta de la cantidad de horas de encierro y cuando quiere darse cuenta, ya pasó otro día (como pasan las nubes), y la casa está vacía y oscura. Al notarlo, le da un sobresalto y desesperadamente corre a prender las luces, provocando que en alguna oportunidad haya descuidado la copa de vino, y que por lógica caiga y se haga añicos. Aquella tarde, el piso parecía ensangrentado.

En cuanto a Antonio, su día empieza leyendo el mismo diario todas las mañanas, lo cual le es útil para creerse informado y consciente del funcionamiento de la política actual, y de la economía. De paso usa como excusa los problemas del país, para dejar que fluya un poco su sentimiento de desesperación, inconformidad con su propia vida, inseguridad e ira consigo mismo, que se manifiesta disfrazado, por supuesto, de puteadas. Trabaja en un local que vende accesorios para autos. Y tiene las tan comunes preocupaciones del hombre promedio, como los negocios y el fútbol. No hay en su mente ningún espacio para introspecciones, reflexiones o emotividades, porque el simple hecho de que así decide que sea. Es un hombre con mirada temeraria, inseguro. No resiste mirar a nadie a los ojos por más de dos segundos, pero cumple bastante bien su papel de hombre de hierro, tanto en el aspecto de la frialdad como el de la dureza. A pesar de esto, quienes se jactan -tal vez imprudentemente- de conocerlo mejor, aseguran que no es serio, sino más bien tímido, racional y, sobre todo, tradicional. Algunos días, cuando está en su casa, se detiene a mirar desde adentro hacia el exterior de la ventana, como quien ve pasar su vida delante de sus ojos sin poder ser partícipe de ella. Como quien se siente absolutamente desconectado incluso con su propia casa, aquella que nunca jamás, pudo convertirse en su hogar. O como quien está atrapado, en la eterna y absolutamente insaciable y repetitiva insatisfacción. En fin, me podría pasar un largo rato tratando de deducir la enigmática razón de su quietud enhebrada en el vacío de la calle, en alguna de las tantas veces que lo advierto cuando paso caminando o en bicicleta por la puerta de su casa y allí se encuentra, pero más allá de mis especulaciones, tal vez nunca llegue a comprender de forma absoluta la totalidad que explica su momento de descanso para

con el mundo entero, sentado en su sillón y de frente a la ventana.

Los días hábiles, luego de su ritual de comida chatarra informativa, Antonio desayuna siempre y sin falta, en un determinado bar conocido por el barrio, muy similar a los del centro de la ciudad, de paredes de maderas y bien cuidado, con aspecto clásico, donde se encuentra con otros tres amigos suyos. A quienes conoce desde hace algunos años por el trabajo. El debate de fútbol con café con leche y medialunas de por medio, o la fanfarronería por la noticia leída -por los cuatro amigos, de rutinas similares- en la lectura matutina previa, son factores infaltables del encuentro. Un encuentro que independientemente de esta tradición conservadora y monótona, aún conserva escondida en sus entrañas un rastro de autenticidad que alguna vez tuvo la oportunidad de percibir desde afuera de la ventana del bar, cuando ya me encontraba en medio de mi recorrido habitual y sin destino en bicicleta, previo a mis actividades taciturnas. Ya sea en alguna anécdota de la hija de alguno contada con un orgullo y escuchada con atención y admiración, o en algo tan sencillo como un encuentro de miradas, entre ojos que se han visto tantas veces, que ya se acostumbraron los unos a los otros, vi que existía en él un sentimiento sincero.

Sin embargo, nada de todo esto fue admitido o descubierto por Antonio esa mañana, ni tampoco se lo dijo a alguno de sus amigos. Finalizó su desayuno con su correspondiente clásica charla de bar, y se dirigió a su trabajo. Esa decisión, que está lejos de haber sido naturalmente suya por completo, interrumpió el estado de trance en el que me encontraba en ese preciso instante, y me devolvió de nuevo a la realidad, a lo terrenal. A causa de la decisión del viejo, que por alguna razón significó para mí lo que a un niño un correctivo paternal pasado de tono, o lo que a cualquiera, un baldazo de agua fría; perdí de un segundo para el otro aquella inhabitual empatía que había sentido con mi vecino al encontrar y rescatar en él, un rastro de humanidad.

La vida continuó para ambos de todas formas. El llegó a su trabajo y contó hora a hora el tiempo que faltaba para poder irse y llegar a su casa, y yo traté de ocupar mi tiempo con tantas actividades como me diera el cuero, para mantener mi mente ocupada y libre de rememoraciones. Regresamos generalmente en horarios similares, y de vez en cuando también me encuentro con él mientras estaciona su auto de media gama en el garage de su casa, en el cual Amanda espera puntualmente para poder abrirle el portón. Pero en esas oportunidades solo los miro de reojo, y entro a mi casa haciéndome el distraído, repulsivo de sus rostros que como máscaras, se encuentran en una leve y falsa sonrisa que trata de ocultar con todas sus fuerzas, lo largo y cansador que fue para ambos el día.